



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

SECUESTRO A LAS 8

Verónica Villalba Miguel



SEGUNDO PREMIO 2013

ESCRITORA SIN RUMBO

“SECUESTRO A LAS OCHO”

*La experiencia no tiene valor ético alguno,
es simplemente el nombre que damos a nuestros errores.*

Oscar Wilde

ADELA

Sorbió el té despistada y acabó escupiéndolo de nuevo. La vida era un poco así -su vida más bien-: fría no había quien se la tragara. Por eso miró el reloj y se encogió de hombros al comprobar que eran las seis de la tarde. Era viernes, se dijo, animándose, y acabó arrastrando la silla giratoria hacia el armario. Encontró lo que buscaba, volvió al escritorio y cogió la taza de té. Vertió lo que quedaba de infusión en la planta medio muerta que sostenía sus hojas sobre el alféizar de la minúscula ventana. La miró y pensó que aquella plantita tenía el orgullo de una anoréxica que vista a contraluz se siente hermosa. Desechó ese pensamiento burdo y cruel y llenó la taza de whisky. Era viernes, tenía excusa. Bebió largamente, sin ascos, sintiendo que despertaba. Así mejor, con calor.

La vida para ella era una miseria, una miseria que sin esas chucherías se le hacía amarga. Se relamió los labios y se volvió a servir, recostándose en su silla de estudio. Había pasado toda la tarde con aquel tratado de filosofía. El maldito trabajo para el martes le estaba fundiendo las pocas neuronas que le quedaban en la azotea. Puso una cara de tedio y asco y cerró el manual que había cogido de la Biblioteca y esparramó todos los apuntes por el aire, haciendo que planearan. Llevaba cinco días encerrada en pensamientos difusos, en ideas vagas. Al final, sólo había encontrado nocturnidad y aburrimiento. Su filosofía, concluyó, era ética.

Se decidió por encender el ordenador y escribir un poco en su blog. Llevaba dos días sin publicar nada. Mientras esperaba a que se encendiese el aparato, se distrajo peinando sus perfectos rizos, algo esponjosos y pelirrojos. Su blog era su vida. Al introducir la contraseña y actualizarse todo, descubrió que tenía siete comentarios nuevos en su último post. Sonrió. Aquello le daba una felicidad extraña. Había una idea que le obsesionaba, tanto o más que quedarse sin tabaco, y era quedarse sin ideas para su blog. Se había visto a sí misma vacía de ese mundo propio que incluso se había despertado muchas veces aterrorizada, pensando –con el corazón en la garganta-: “¿Es hoy el día en que he dejado de ser yo?”.

Hasta que no escribía, no desaparecía esa sensación de inhumanidad. Suponía que ahí radicaba su esencia de artista: en esa vulnerabilidad a perder lo único que le hacía carismática.

Muchas veces, en el fondo, se había dado mucha pena. Una pena infinita de ese ser que nunca está a la altura, ni siquiera para arruinar su vida. Pero tenía más de ochocientos seguidores en su blog y otras tantas visitas adicionales, por no contar la cantidad de seguidores que tenían sus videos y redes sociales.

Sin embargo, era como tantas otras y eso le hacía sentirse terriblemente miserable. Era bloguera, escritora de entradas que no pasarían a la posteridad, obsesionada con la inmediatez. Si ella misma fuera un post y tuviera que añadir etiquetas, éstas serían –por escrupuloso orden de aparición-: fumadora, republicana, bisexual, anti taurina y vegetariana. Ni siquiera podía considerar añadir el de “filósofa” o el de “persona”, porque toda ella era un despropósito de humanidad, era más bien un personaje deformado.

Desde hacía algunos meses lo empezaba a pensar todo por etiquetas. Esas palabras que concentraban por temática lo interesante de su blog. Se sorprendía a sí misma añadiendo etiquetas a la gente, a situaciones, pensamientos... era algo compulsivo. Buscó un paquete de tabaco y se prendió un cigarrillo. La calada fue muy honda, como el aliento de un recién nacido. De pronto pensó en su abuelo, que era argentino y se decidió a escribir algo antes de responder a los comentarios o pasarse por otros sitios que leía y seguía. Se hizo con el teclado y, dejando el cigarrillo en el cenicero, escribió:

“Las tierras son pobladas por hombres que vinieron, por hombres que se fueron, y esa es la única verdad sobre las fronteras”.

Y le dio a publicar, con una única etiqueta: HUMANIDAD. Pensó que, para ser viernes, las esperanzas de una noche divertida eran muy bajas. Todo el mundo estaba de exámenes, o de trabajos, o había salido el jueves y tenía pensado salir el sábado, reservando esa noche del viernes para el descanso. Buscó algo más ingenioso que escribir, pero no daba con nada. Así que se paseó por otros blogs, como una crítica despiadada, blasfemando sobre la poca creatividad de la gente. ¿Es que la gente no tenía vergüenza ajena? Si escribir en un blog no fuera gratuito no se cometerían esos crímenes contra la humanidad, pensaba indignada, mientras aplastaba el segundo cigarrillo y se llenaba por cuarta vez la taza.

Sentía un calor familiar en las mejillas, el escocés se le había subido a la cabeza y no quería bajar. Se rió con una risita floja. La verdad es que tenía tentaciones verdaderas de escribir un post sobre sus pensamientos recurrentes, pero se había jurado a sí misma no volver a escribir borracha. Su blog era lo único serio en su vida, así que apagó el ordenador.

En ese momento, y para su salvación, llamó una amiga suya.

-¿Adela?

-Al habla, ¿quién llama?

-Soy Dácil, ¿qué pasó?

-¿Qué pasa, tía? ¿Qué te cuentas?

-Creo que eres mi única salvación de viernes noche. Nadie quiere salir, ¿te lo puedes creer?

-Acabo de oír a Dios hablar...

-Entonces, ¿salimos?

-Por supuesto.

-Mira, estoy en la biblio. Vente y nos vamos por ahí a cenar. ¿Te viene bien? Tengo coche.

-Por mí estupendo, no estaba haciendo nada más interesante que odiar al mundo. Además, tengo que devolver el dichoso manual hoy. Si no, me penalizan...

-Venga, te dejo que estoy en el descansillo. Entro y voy recogiendo. ¿Cuánto tardas en llegar?

-Pues no lo sé, déjame que me vista, coja la guagua y te doy un toque.

Adela tenía la ventaja de ser de otra ciudad, universitaria y veterana. Tres años ya compartiendo piso con estudiantes, le habían hecho saber qué pisos eran los mejores. Así que vivía en el centro, cerca del Obelisco, y a tiro hecho de los bares y garitos que merecían la pena en aquella ciudad. A veces, tenía que reconocerlo, envidiaba profundamente su vida. De hecho, si se encontrara consigo misma en la barra de un bar se pondría verde, de un verde deplorable. Se criticaría sin el menor apuro. Sonrió y decidió darse una rápida ducha para que se le bajara la chispa y llegar a coger la guagua hasta Tafira. Dácil le había escrito un mensaje de texto al móvil diciéndole que estaba en la tercera planta, por si no la veía en la entrada. Todo le parecía muy bien, la vida iba a otra velocidad en ese momento, como si flotara o fuera proyectada por un cañón de baja potencia.

EL SEÑOR PÉREZ

Unas calles más abajo, el señor Pérez metía sus cosas en la bolsa. Su señor padre estaba peleando con el trozo de tortilla francesa que él mismo le había preparado para cenar.

-¡Sabe que tiene que tomarse las pastillas, padre!- le gritaba desde su habitación, por encima del sonido de la televisión. Se oyó el murmullo de una contestación, pero tenía otras cosas en las que pensar. En cuestión de minutos su padre quedaría dormido como un bebé y él podría salir de casa.

-Es que no quiero más, *m'ijo*.

-Nada de protestar, ¿me oyó? Se lo come todo. No están los huevos para irlos tirando -el padre lo miró, con su mirada tierna de niño envejecido y arrugadito con Alzheimer y el desahucio de la casa donde había pasado los mejores treinta años de su vida a punto de cumplirse.

-¡Carmina! -empezó a llamar a su mujer mientras su hijo le ayudaba a levantarse de la mesa y lo conducía al baño- ¿Dónde está tu madre, hijo?

-Padre, no empiece. Madre se fue hace tres años, ¿recuerda?

-¿Irse dónde? ¿Sin mí? -El señor Pérez prefirió callar y con sus brazos fuertes de hombre parado desde hacía cuatro años, empezó a desnudar a su padre.

-Vamos a ponernos el pijama y a dormir, ¿de acuerdo?

-¿Y la carta del banco? -Preguntó el ancianito con su voz temblorosa y recién cenada.

-No se preocupe más. Ya me dijeron que había sido una equivocación. Nadie nos va a echar de la casa -y lo tranquilizó mientras le ataba la camisa del pijama. Miró a su padre, que besaba el crucifijo de oro que siempre llevaba colgado del cuello. Había estado tres noches llorando desde que a la bruta de la asistenta se le había escapado lo del desahucio-. ¿Está rezando, padre? -él asintió. Y caminaron ambos por el pasillo hasta la habitación para que se durmiese de una vez. Le colgó el dispositivo de la Cruz Roja y se fue de allí a por sus cosas.

El ascensor lo bajó en unas cuantas sacudidas a la planta baja. Era un espacio para dos personas, un ataúd con cables que subía y bajaba a ratos. ¡Cuántas veces no se había peleado con el portero y la comunidad de vecinos para arreglar aquel desastre! Tenía que cargar con su padre cada vez que éste se ponía malo del reuma. No podían seguir viviendo así. Pero él era un hombre arruinado a quien nadie tomaba en cuenta, solo su padre. Cincuenta años, divorciado, sin hijos, en paro y viviendo en la casa de sus padres. El asunto de la casa le tenía preocupado. Había hipotecado

la casa para poder pagar las deudas de su divorcio y un negocio fallido que lo había llevado a la quiebra. En horas se haría efectivo el desalojo de la casa de su padre. ¿Qué iban a hacer?

En ese momento salió del portal y vio la guagua dirigirse a la parada. Echó a correr afanado, con su bolsa de deportes bien aferrada a su mano y el jadeo dando gritos de ahogo. Consiguió llegar. Se subió y entró en esa luz tibia de guagua nocturna que sube a Tafira. Se metió la mano en los bolsillos y sacó monedas. No sabía cuánto costaría el billete. El guagüero se lo dijo y empezó a contar monedas. Se quedó sin monedas y miró al hombre. Le faltaban exactamente dieciocho céntimos. Lo pensó y supo que era una señal divina para que se bajara de ahí y parara aquella locura, pero una mano detrás de él extendió veinte céntimos

-Y quédese con el cambio. No soporto la calderilla -le dijo Adela al chófer. El señor Pérez la miró, aturdido. Ella le respondió con una sonrisa y le animó a seguir su camino y tomar asiento. Adela pagó con su carné de estudiante, haciendo pitar el sensor. Tenía puesto unos auriculares. El gesto hizo estremecer al señor Pérez, que no encontró palabras.

En el trayecto el señor Pérez miraba de reojo a Adela, sentada junto a la ventanilla y abstraída en sus pensamientos. Pensó que no había estado bien no agradecersele, que pensaría que era un maleducado. Aquella joven le había regalado veinte céntimos sin pensárselo. ¿Hoy día la gente seguía haciendo eso? Cabeceó pensando en el excesivo precio de la guagua y agradeció vivir en el centro, donde todo le quedaba a mano.

Siguió viendo como las paradas iban agotándose y era incapaz de concentrarse en su plan. Aquel gesto le había descolocado. Esperaba y esperaba a que alguna señal le dijera que lo que iba a hacer era una locura, pero él no quería hacer daño a nadie, todo lo contrario. Solo era un hombre desesperado, y las personas desesperadas tienen una terrible tendencia a hacer cosas desesperadas.

Y la parada llegó, justo enfrente de la Biblioteca Central.

El señor Pérez se apuró en bajar, seguido por Adela, que seguía con su aire distraído y llevaba en su bolso el manual. Adela empezó a teclear un mensaje de texto para su amiga Dácil. Ambos cruzaron el paso de cebra para llegar al edificio. Era de noche y todo estaba anaranjado. Tafira seguía concediendo un silencio de campus emplazado a las afueras, de viernes que se suicida en un sábado caluroso, de estrellas que miran hacia el suelo y una vida que cambiaría en cuestión de minutos.

-¡Deténgase muchacha! -Le gritó el señor Pérez al ver que Adela empujaba la puerta de acceso. Adela se volvió a él, quitándose un auricular. La música se oía como el zumbido de una abeja.

-¿Es a mí? -El señor Pérez asintió, con la boca seca y el corazón yendo a mil.

-No puede entrar ahí -Adela lo encaró.

-¿Y eso por qué?

-En este lugar va a ocurrir un secuestro.

-Sí, claro -se burló Adela, mirando el aspecto de aquel hombre cabizbajo y de voz suave.

-Es en serio. Voy a secuestrar a toda la gente que pueda. Estoy armado y no tengo nada que perder -Adela no lo tomó en serio, pero después miró la bolsa y la franqueza en la mirada del señor Pérez.

-¿Habla en serio? -El señor Pérez asintió- ¡Y yo pagándole el billete! Soy imbécil -Se indignó.

-Escuche, muchacha, váyase. No es algo contra usted ni contra nadie.

-¡Va a secuestrar a la gente, no pretenda ser el mártir!

-¡Claro que lo soy! No soy un hombre violento... pero no hay otra solución.

-¡Voy a llamar a la policía! -Y ambos empezaron a forcejear. El señor Pérez ganó en la lucha. Sostuvo el móvil en alto para que Adela no pudiera cogerlo- Muy bien, pues gritaré.

-¡Nada de eso! Yo le prometo que nadie va a sufrir daños.

-¿Ah, no? Y supongo que no tendrá un arma o algo por el estilo...

-¡Claro que sí! ¿Qué clase de secuestrador sería si no?

-El tipo de dementes y tarados mentales que ha jugado demasiado a juegos de rol, o un pirado que no se ha tomado sus pastillitas de colores, o peor aún: un cocainómano.

-Pues no soy ninguna de las tres cosas. Soy simplemente un hombre al que están a punto de desahuciar. Mi padre ya es muy mayor, estoy harto de mentirle, de pedir para comer, de buscar un trabajo que nadie me da, de que no se me tome en serio y ser un despojo humano. ¡Estoy harto!

-¿Y por qué va a secuestrar a toda esta gente?

-Están parando los desahucios, pero ese stop nunca llega. Mi padre necesita medicamentos, atenciones... Yo solo quiero volver a ser un hombre honrado.

-Irás a la cárcel, ¿lo sabe?

-Pero si mi padre puede tener un sitio donde vivir dignamente tengo que hacer todo lo que esté en mi mano.... Él se ha matado por sacarme adelante siempre, y ahora que me toca a mí... ¿Sabe qué? ¡Me voy!

-¿Con qué, si no tiene dinero para volver?

-Andando. No hay nadie que me espere en la casa. Mi padre duerme. Ahí está mejor, en sus sueños de cuando mi madre vivía y yo era un hombre hecho y derecho, de cuando este país no se iba a la mierda y había oportunidades para todos -Adela lo agarró del brazo.

-¿Cómo se llama usted?

-Pérez, Ricardo Pérez.

-Pues yo soy Adela, Ricardo. Ésta es su noche de suerte. Vamos a entrar ahí los dos y vamos a secuestrar la planta tercera de esta biblioteca.

-¿Por qué hace esto, Adela?

-¡Porque me da la real gana! Espere -y encendió la aplicación de su móvil de grabación.

-¿Qué hace?

-¿Ha traído usted algo con lo que cubrirse el rostro?

-Sí, una media de los chinos...

-¡Pues entremos a los baños y cúbrase! Voy a grabarlo todo. España y el mundo entero van a enterarse de lo desesperado que está usted. Vamos a secuestrar este edificio y esos políticos corruptos van a tener que escucharle.

-¿Y si no funciona? No tengo ni siquiera munición. Es la recortada con la que cazaba mi padre hace ya muchos años.

-Mejor, así nadie resultará ileso.

-Esto es una locura.

-Locura es que yo no le ayude- Adela sintió el cosquilleo que debían de sentir los grandes hombres que habían hecho hitos universales; el vértigo que precedía a los acontecimientos relevantes; el anuncio de una oportunidad irrepetible en su vida; la necesidad de formar parte de algo de verdad en su miseria de existencia previsible y abotonada -usted no lo sabe, Ricardo, pero yo soy su persona. Cuando salgamos de este edificio su vida cambiará para siempre. Dejará de sentirse miserable y tendrán que escucharlo y darle soluciones. ¡Vamos!

Los dos cómplices entraron y se montaron en el ascensor. Fingían no conocerse. Adela mientras tanto actualizaba todas las pestañas de sus redes sociales y de su blog en el teléfono móvil. Llegaron a la tercera planta.

-Espere a que yo entre. Vaya al baño y prepárese. Yo le diré a una amiga que salga. Si sale algo mal, espero no conocer a nadie ahí dentro. Recuerde, este es el primer día del resto de su nueva vida. En este momento las cosas van a cambiar. Cuando hayan pasado cinco minutos entre, ni uno más, ni uno menos.

Ricardo Pérez se fue al baño y se metió en uno de los cubículos. Se preparó y miró el minuterero de su reloj. Cuatro minutos y treinta segundos. Se encaminó hacia la entrada con su gorra y su media en la cabeza. Sacó su recortada y las alarmas de salida y entrada se activaron.

-¡Todo el mundo al suelo! ¡ESTO ES UN SECUESTRO!